

VELADA SESTA.

EL SENADOR.

Os he cedido espresamente la palabra, mi querido amigo; así pues, á vos toca principiar.

EL CONDE.

No la tomo porque me la cedéis, pues este seria un motivo para que yo la rehusara, sino únicamente por no dejar un vacío en nuestras veladas. Permitidme que añada algunas reflexiones á las que os indiqué ayer sobre un asunto muy interesante: justamente á la guerra es á quien debo estas ideas; pero que no se asuste mi querido Senador; puede estar seguro de que ningún deseo tengo de anticiparme ó adelantarme á sus huellas. Estos discursos son muy frecuentes. *Que se ore ó no, los acontecimientos siguen su camino; se ora, y queda uno batido ó derrotado, etc.*: luego me parece muy esencial, observar que es rigurosamente imposible el probar esta proposición: *Se ha orado por una guerra justa, y la guerra ha sido desgraciada*. Paso por la legitimidad de la guerra, que es ya un punto escesivamente equivoco; me atengo á la oración. *¿Como puede probarse que se ha orado?* Dirían que para esto basta que hayan tocado las campanas, y abierto las Iglesias; no es eso señores. Nicole, autor correcto de varios escritos buenos, ha dicho en cierta parte que el fondo de la oración es el deseo (1). Esto no es verdad, pero lo que es cierto.....

(1) Con trabajo he descubierto esta máxima de Nicole en sus *Instrucciones sobre el Decálogo*. Tomo II, sec. c, 1, II, v, art. III.

EL SENADOR.

Con vuestro permiso, mi querido amigo: *esto no es verdad*, es un poco fuerte; y otra vez con vuestro permiso, la misma proposición se lee palabra por palabra en las *Máximas de los Santos de Fenelon*, que copiaba ó consultaba poco Nicole, si no me engaño.

EL CONDE.

Aunque ambos lo dijeran, me creeré con derecho á pensar que los dos se han equivocado. Convengo, no obstante, en que el primer apercebido favorezca esta máxima, y que varios escritores ascéticos, antiguos y modernos, se han espresado en este sentido sin proponerse ahondar la cuestión; mas cuando se llega á sondear el corazón humano y á pedirle una cuenta exacta de sus sensaciones, se halla uno singularmente confuso, y el mismo Fenelon lo ha experimentado muy bien; porque en mas de un parage de sus obras espirituales, retracta ó restringe su proposición general; afirma sin la menor equivocación, *que se puede esforzarse á amar, esforzarse á desear, esforzarse á querer amar; que se puede orar aunque falte la causa eficiente de esta voluntad; que el quererlo depende de nosotros, pero que el sentirlo no*; y otras mil cosas á este tenor (1). En fin, se espresa en cierto parage de una manera tan enérgica y tan original, que el que ha leído ese párrafo, nunca lo olvidará. En una de sus cartas espirituales es donde dice: *Si Dios os disgusta, decidle que os disguste; que si preferís á su presencia los mas viles pasatiempos, que si no descansáis sino lejos de él, decidle: «Ved mi miseria y mi ingratitud: ¡oh Dios! tomad mi corazón, pues que yo no se dáoslo; tened piedad de mí, apesar de mí mismo.»*

¿Veis aquí, señores, la máxima del deseo y del amor indispensables á la oración? No tengo en este momento el libro precioso de Fenelon bajo la mano; pero podeis hacer fácilmente las pruebas necesarias.

Ademas, si ha exagerado el bien, aquí ó allá, él está conforme, no hablemos mas que para alabarle y para ensalzar el triunfo de su inmortal obediencia. En pié y con el brazo levantado para instruir á los hombres, puede tener un igual; prosternado para sentenciarse á si mismo, no hay otro.

(1) Véanse las obras espirituales de Fenelon. París, 1802, en 12, ° t. I. pág. 94; tom. IV, carta al P. Lami sobre la oración, núm. 3, p. 162; t. IV, carta cxcv p. 212 *ibid.* p. 470, 472, 476, en donde efectivamente se hallarán espresados todos estos sentimientos.

Pero Nicole es otro hombre y usó menos cumplimientos con él, porque esa máxima que me choca en sus escritos, la mantenía en la escuela peligrosa de Port-Royal, y en todo ese sistema funesto que tiende directamente á desanimar al hombre, y á conducirle insensiblemente del desaliento al endurecimiento ó á la desesperacion, aguardando ó mientras que espera la gracia y el deseo. Por parte de esos doctores rebeldes, todo me disgusta y aun lo bueno que han escrito. *Temo á los Griegos y aun á sus regalos.* Qué es el deseo? Es como muchas veces se ha dicho *el amor de un bien ausente.* Pero si es así, el amor al menos, el amor sensible no pudiéndose mandar, el hombre pues, no puede orar antes que este amor llegue por sí mismo; de otra manera sería preciso, que el deseo precediera al deseo mismo, lo que me parece un poco difícil. ¿Y como obrará el hombre, suponiendo que no haya verdadera oracion sin deseo, y sin amor; y como lo hará, digo yo para pedir segun su deber le obliga á menudo, lo que su naturaleza detesta? La proposicion de Nicole me parece que queda anonadada por el solo mandamiento de *amar á nuestros enemigos.*

EL SENADOR.

Me parece que Locke ha cortado la cuestion al decidir, *que nosotros podiamos aumentar en nosotros el deseo, en exacta proporcion de la dignidad del bien que se nos ha propuesto* (1).

EL CONDE.

Creedme, no os fieis de Locke que nunca ha comprendido nada á fondo. *El deseo*, que no ha acabado de definir, *no es mas que un movimiento del alma, hácia un objeto que la atrae.* Este movimiento moral, es un hecho del mundo moral, tan positivo, tan palpable, como el magnetismo, y ademas tan general, como la gravitacion universal en el mundo fisico. Pero estando el hombre continuamente agitado por dos fuerzas contrarias, el exámen de esta ley terrible, debe ser el principio de todo estudio del hombre. Locke por haberlo descuidado, ha podido escribir cincuenta páginas sobre la libertad, sin saber aun de lo que hablaba. Estando esta ley sentada como un hecho incontestable, fijad bien la atencion, en que si un objeto no obra por su naturaleza sobre el hombre, no depende de nosotros el hacer que nazca el deseo, pues

(1) En efecto ha dicho, en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Lib. II. § 21, 46. «By a due consideration and examinung any good proposid, it is in our power to raise our desires in a due proportion to the value of the good Whereby in its turn and place it may come to work upon the Will and be pursued.

que no podemos hacer que nazca en el objeto la fuerza que no tiene; y que si por el contrario: esta fuerza existe en el objeto, no depende de nosotros el destruirle; no teniendo el hombre poder alguno sobre la esencia de las cosas exteriores, que son las que son, sin él, é independientemente de él. ¿A qué está pues reducido el poder del hombre? A trabajar al rededor suyo y con él, para debilitar, para destruir, ó al contrario: para dar libertad, ó hacer victoriosa la accion cuya influencia experimenta. En el primer caso, lo mas sencillo es alejarse, como se apartaria un pedazo de hierro de la esfera activa del iman si se habia de sustraer de la accion de esta potencia. Tambien puede el hombre esponerse voluntariamente y por los medios conocidos, á una atraccion contraria; ó unirse á alguna cosa inmovil; ó colocar entre el objeto y él alguna naturaleza capaz de interceptar la accion, así como el vidrio se niega á transmitir la accion eléctrica, ó bien en fin, trabajando sobre él mismo para volverse menos, ó de ninguna manera atractible, lo que como veis, es mucho mas seguro y ciertamente posible, pero tambien mucho mas dificultoso. En el segundo caso, ha de obrar de una manera precisamente opuesta; debe segun sus fuerzas acercarse al objeto, apartar ó destruir los obstáculos, y volverse á acordar sobre todo, de que segun las relaciones de ciertos viageros, un frio estremado ha podido apagar en la aguja tocada con el iman, *el amor del Polo.* Cuidado pues con guardarse el *hombre del frio.*

Pero razonando aun conforme las ideas, ó falsas ó incompletas de Locke, siempre estuvo seguro, *de que tenemos el poder de resistir al deseo*; poder sin el que no hay libertad (1). Luego si el hombre puede resistir al deseo, y aun obrar contra el deseo, puede sin duda orar sin deseo y aun contra el deseo, puesto que la oracion es un acto de la voluntad como otro cualquiera, y sujeto á la ley general. El *deseo* no es la voluntad; y si solamente una pasion de la voluntad; luego, pues que la accion que obra sobre ella no es invencible, resulta que para orar en realidad, es preciso indispensablemente querer, mas no *desear*, no siendo la oracion por esencia mas que *un movimiento de la voluntad por el entendimiento.* Lo que sobre este punto nos engaña, es que ordinariamente no pedimos mas que lo que necesitamos, y que un gran número de esos elegidos que han hablado de la oracion desde que el hombre sabe orar, habiéndoseles casi apagado la ley

(1) *Essai on hum Underst.*; lib. II, cap. XXI, 5, 47, *Ibid.* *Ese poder parece que es el manantial de toda libertad.* ¿A qué esta redundancia de palabras, y esta incertidumbre, en vez de decirnos sencillamente, si segun él, *ese poder es la libertad?* Pero Locke raras veces dice lo que es preciso decir la irresolucion y todo lo que divaga, rehuian precisamente en su espresion lo mismo que en su pensamiento.

fatal, no experimentaban ya mas combate entre la voluntad y el deseo; sin embargo, cuando dos fuerzas obran en el mismo sentido, no por eso son menos esencialmente distinguidas. Admirad en esto, cómo dos hombres acaso igualmente ilustrados, aunque muy desiguales en talentos y méritos, llegaban al mismo punto de exageracion, profesando ó partiendo de principios enteramente distintos. No viendo Nicole que la gracia del deseo legitimo, nada dejaba á la voluntad á fin de dárselo todo á esta gracia, que se alejaba de él para castigarle del mayor crimen que se puede cometer contra ella, el de atribuirle mas de lo que quiere; y Fenelon, al que la misma habia penetrado, tomaba la oracion por el deseo, porque en su corazon celeste, el deseo nunca habia abandonado á la oracion.

EL SENADOR.

¿Creeis que se pueda desear el deseo?

EL CONDE.

¡Ah! Esa es una gran cuestion. Fenelon, que ciertamente era un *hombre de deseo*, parece que se inclina por la afirmativa, si como creo haberlo leído en sus obras, *se puede desear amar, esforzarse á desear, y esfuerzarse á querer amar*. Si algun metafisico digno de este nombre quisiera tratar á fondo esta cuestion, yo le propondria por epigrafe este trozo de los Salmos: *Yo he codiciado, ó deseado, el deseo de tus mandamientos* (1). Mientras que se verifica esta disertacion, persisto en decir, *eso no es cierto*; ó si os parece muy dura esta decision, consiento en decir: *eso no es bastante cierto*. Pero lo que no me disputareis, (y es lo que iba á deciros en el momento en que me interrumpisteis) *es que el fondo de la oracion es la fe*; y esta verdad la veis tambien en el orden temporal. ¿Creeis que un principe se hallase muy dispuesto á prodigar sus favores á hombres que dudasen de su soberania, ó que blasfemasen de su bondad? Mas si no puede haber *oracion sin fe*, tampoco puede haber *oracion eficaz sin pureza*. Vos comprendeis muy bien, que no doy á este nombre de *pureza*, una significacion rigurosa; ¿qué seria de nosotros ¡ah! si los culpables no pudiesen orar? Mas tambien comprendeis, siempre siguiendo la misma comparacion, que ultrajar á un principe, seria una manera bastante mala de solicitar sus favores. El culpable no tiene propiamente otro derecho, que el de rogar por él mismo. Siempre que he asistido á una de esas ceremonias santas, determinadas

(1) *Concupivi desiderare justificationes tuas.* (Salmo CXVIII, 20).

para apartar los azotes del cielo ó para solicitar ó implorar sus favores, me he preguntado á mi mismo con un verdadero terror. *¿Enmedio de esos cánticos pomposos, y de esos ritos augustos, entre esta multitud de hombres reunidos, cuantos son lo que por su fe y sus obras, tienen derecho á la oracion y la esperanza fundada de orar con eficacia? ¿Cuántos los que oran realmente? El uno piensa en sus negocios, el otro en sus placeres, un tercero se ocupa de la música, el menos culpable tal vez, es el que bosteza sin saber en donde está. Aun insisto, ¿cuántos son los que oran, y cuántos los que merecen ser perdonados?*

EL CABALLERO.

Por lo que hace á mi, estoy seguro ya que en esas solemnnes y piadosas reuniones, habia, al menos muy positivamente un hombre que no oraba.... erais vos, señor Conde, que os ocupábais en esas reflexiones, en vez de orar.

EL CONDE.

Me helais algunas veces con vuestros *galicismos*. ¡Qué talento tan prodigioso para la sátira! Jamás os falta, y aun enmedio de las discusiones mas graves: pero asi sois vosotros los franceses.

EL CABALLERO.

Creed mi querido amigo, que somos como los demas, cuando nos da la fiebre; creed tambien que en el mundo se necesitan nuestras chanzonetas. La razon por su naturaleza, es poco penetrante, y no ilumina tan fácilmente; es preciso muchas veces que esté, por decirlo asi, *armada* con el temible epigrama; la sutileza francesa punza como la aguja para pasar el hilo. ¿Qué teneis que responder, digamos, á mi *punzada*?

EL CONDE.

No quiero pedir os cuenta de todos los hilos que vuestra nacion ha pasado; pero os aseguro que por esta vez os perdono de buena voluntad vuestra accion, tanto mas cuanto que puedo acto continuo convertirla en argumento. Si el temor solo de orar mal puede impedir el orar, ¿qué puede pensarse de los que no saben orar, que apenas se acuerdan de haber orado, y que ni siquiera creen en la eficacia de la oracion? Quanto mas examineis el asunto, mas os convencereis de que no hay cosa mas difícil que emitir una verdadera oracion.

EL SENADOR.

Una consecuencia de lo que decis, es que no hay composicion mas dificil, que la de una verdadera oracion escrita, que no es ni puede ser mas, que la espresion fiel de la oracion interior; y es en lo que me parece que no se fija bastante la atencion.

EL CONDE.

¡Como, señor Senador! Tocais ahí nno de los puntos mas esenciales de la verdadera doctrina. No hay nada mas cierto que lo que decis; y aunque la oracion escrita no sea mas que una imágen, nos sirve no obstante para juzgar del original que es invisible. No son un tesoro pequeño, aun para la sola filosofia, los monumentos materiales de la oracion, tales como los hombres de todas las épocas nos los han dejado; porque pueden apoyar en esta base sola tres bellisimas observaciones.

En primer lugar, todas las naciones del mundo, han orado, pero siempre en virtud de una revelacion verdadera ó supuesta; es decir, en virtud de las tradiciones antiguas. Siempre que el hombre no se apoye mas que en su propia razon, cesa de orar, sobre lo que siempre ha confesado sin echarlo de ver, que por sí mismo no sabe ni lo que debe pedir, ni como ha de pedirlo, ni aun bien terminantemente á quien ha de dirigirse (1). En vano, pues, el deista nos espondrá las mas bellas teorías sobre la existencia y los atributos de Dios; sin objetarle (lo que es sin embargo incontestable) que solo proceden de su catequismo, siempre tendremos el derecho de decirle lo que Joás: *vos no le rogais* (2).

Mi segunda observacion es, que todas las religiones son mas ó menos fecundas en oraciones; pero la tercera es sin comparacion la mas importante, y vedla aquí.

Mandad á vuestros corazones que estén atentos, y leed todas esas oraciones: vereis la verdadera religion como veis al sol.

EL SENADOR.

Mil veces he hecho esa última observacion, asistiendo á nuestra bellisima liturgia. Semejantes oraciones no pueden haber

(1) Habiendo confesado Platon espresamente, en la página mas extraordinaria que se haya escrito humanamente en el mundo, que el hombre reducido, (ó circunscrito) á sí mismo no sabe orar; y que habiendo ademas llamado por medio de sus votos ú oraciones, á algun enviado celeste, que por último vino á enseñar á los hombres esa grande ciencia; bien puede decirse que ha hablado en nombre del género humano.

(2) Athalia, II, 7.

sido formadas mas que por la verdad, y en el seno de la verdad.

EL CONDE.

Ese es mi dictámen. De una manera ú otra, Dios ha hablado á todos los hombres, pero hay algunos privilegiados, á quienes se puede decir: *no ha tratado él así á las demas naciones*; (1) porque solo Dios, segun la inimitable espresion del incomparable Apóstol, *puede crear en el corazon del hombre un espiritu capaz de esclamar: Padre ¡mío!* (2) y David habia preludiado esta verdad, exclamando: *El es quien ha puesto en mi boca un cántico nuevo, un himno digno de nuestro Dios.* (3) Luego si ese espiritu no está en el corazon del hombre, cómo orará este? ¿ó cómo su impotente pluma, podrá escribir lo que no se ha dictado al que la tiene? Leed los himnos de Santeuil, algo ligeramente adoptados acaso por la Iglesia de Paris: forman cierto ruido al oido, pero no ruegan jamas, porque *estaba él solo* cuando los compuso. La hermosura de la oracion nada tiene que ver con la de la espresion, porque la oracion es semejante á la misteriosa hija del gran rey, *toda su hermosura nace del interior* (4). Es cierta cosa que carece de nombre, pero que se percibe perfectamente, y que el talento solo no puede imitar.

Pero toda vez que no hay cosa mas dificil que el *orar*, es el colmo de la ceguedad y de la audacia á un mismo tiempo, el atreverse á decir que uno ha rogado, y que no ha sido escuchado. Quiero sobre todo hablaros de los pueblos ó naciones, porque son un objeto principal en esta clase de cuestiones. Para alejar un mal, para conseguir un bien popular ó comun, es muy justo, sin duda, que el pueblo *ruegue*. Pero qué es un pueblo? ¿y qué condiciones son necesarias para que un pueblo ore? ¿Hay en cada pais hombres que tengan derecho de rogar por él, y este derecho les viene de sus disposiciones exteriores, ó de su rango ó clase entre este pueblo, ó bien de ambas circunstancias reunidas? Bien poco conocemos los secretos del mundo espiritual; pero ¿cómo conocerlos cuando nadie hace caso de ellos? Sin querer abismarme en sus profundidades, me detengo en la proposicion general: *que nunca será posible probar, que un pueblo ha rogado sin haber sido escuchado*; y yo me creo tambien tan seguro de la proposicion afirmativa: es decir, *que todo pueblo que ora es escuchado*. Las escepciones nada probarian aun cuando pudieran verifi-

(1) *Non fecit taliter omni nationi* Salm. (CXLVII, 20).

(2) Ad. Gal. IV, 6.

(3) *Et immisit in os meum canticum novum, Carmen Deo Jacob.* (Salm. XXXIX, 4).

(4) *Omnis gloria filiae regis ab intus* (Salm. XLIV, 14).

carse, y todo desaparece ante la sola observacion: *de que no hay hombre que no ignore, aun cuando ore perfectamente, si pide una cosa perjudicial para sí ó para el orden general.* Roguemos sin descanso con todas nuestras fuerzas, y con todas las disposiciones capaces de legitimar este grande acto de la criatura inteligente: sobre todo no olvidemos nunca que toda oracion verdadera, es eficaz en algun modo. Todas las súplicas que se presentan al soberano no se decretan favorablemente, y tampoco pueden serlo, porque no todas son razonables ó justas: sin embargo, todas contienen una profesion de fe espresa del poder, de la bondad y de la justicia del soberano, que no puede menos de complacerse, al verlas afluir de todos los puntos de su imperio, y como es imposible suplicar al principe sin rendirle al mismo tiempo un acto de fiel vasallage, es del mismo modo imposible rogar á Dios, sin ponerse con él en un estado de sumision, de confianza y de amor; de manera que existe en la oracion, considerada solamente por sí misma, una virtud purificadora, cuyo efecto vale casi siempre, infinitamente mas para nosotros, que cuanto le pedimos con frecuencia con nuestra ignorancia (1). Toda oracion verdadera, aun cuando no haya de ser escuchada, no por eso deja de elevarse menos hasta las regiones superiores desde donde vuelve á caer sobre nosotros despues de haber pasado por ciertos preparativos, como un rocío bienhechor, que nos prepara para otra nuevo patria. Mas cuando pedimos á Dios, solamente *que se haga su voluntad*, es decir, que desaparezca el mal del universo, tan solo entonces es cuando estamos seguros de no haber rogado en vano. Cuán ciegos é insensatos somos! En vez de quejarnos de no haber sido escuchados, temblemos mas bien por haber pedido mal, ó por haber pedido el mal. El mismo poder que nos manda que oremos, nos enseña tambien como y con qué disposiciones se ha de rogar: faltar al primer mandamiento, es rebajarnos hasta el bruto y aun hasta el ateo; faltar al segundo, es esponernos á un gran anatema, el *de ver que nuestra súplica se convierte en crimen* (1).

No andemos mas en frívolos fervores,
al cielo prescribiendo sus dones y favores;
Pidámosle prudencia equitativa
La sincera piedad caritativa;
Su gracia y el su amor tambien pidamos,

(1) El acto solo de la oracion, perfecciona al hombre, porque nos pone á Dios presente. ¡Cuántas buenas acciones inspira este ejercicio! ¡cuántos crímenes evita! La sola esperiencia lo enseña... *El sabio no solo se complace en la oracion, sino que se deleita.* Οὐρανὸν ὠροσέυχεσθαι, ἀλλὰ ἀγαπα (orig. ubi. sup. n.º 8, p. 210, n.º 20, p. 229).

(2) *Fiat oratio ejus in peccatum* (Salm. CVIII).

Y si acaso algun dia nos llegamos
Hasta abusar de su bondad sin cuento
Con oraciones y arrepentimiento,
Con fervor y la práctica de virtudes
Merezcamos tal vez sus beatitudes. (1)

EL CABALLERO.

No me arrepiento de haberos *helado*, mi buen amigo; desde luego he ganado el placer de que me riñeis, lo que me conviene siempre mucho; y todavía he ganado alguna cosa mejor: Tengo miedo, en verdad, de pleitear ó sutilizar con vos; porque el hombre no siempre se dispensa de hacer lo que le proporciona placer y provecho. Pero os suplico que no me negueis una gran satisfaccion. A vuestra vez me habeis *helado*, al oiros hablar de Locke con tanta irreverencia. Tiempo nos queda, como veis; os sacrificio de todo mi corazon un *baston*, que me espera en buena y brillante compañía, si teneis la complacencia de darme vuestro parecer, detallado ó circunstanciado, acerca de ese famoso autor, de quien nunca os he oido hablar, sin reparar en vos cierta irritacion, que me es imposible comprender.

EL CONDE.

¡Válgame Dios! nada puedo negaros; pero preveo que me arrastrareis á una larga y triste disertacion, de la que no sé, en verdad, como saldré, sin defraudar vuestras esperanzas ó sin fastidiaros: dos inconvenientes que igualmente quisiera evitar, y que no me parece fácil, temiendo por otra parte ir demasiado lejos.

EL CABALLERO.

Os confieso que esa desgracia me parece ligera y aun nula; se necesita acaso escribir un poema épico para gozar del privilegio de los episodios?

EL CONDE.

¡Oh! para vos no hay dificultades ningunas; por lo que hace á mí, tengo mis razones para temer el lanzarme en esa discusion. Mas si quereis animarme, empezad, os ruego, por sentaros. Teneis un desasosiego que me inquieta. No sé que duende os ha picado sin dejarlo; lo cierto es, que no os podeis estar quieto diez minutos: es preciso muchas veces que mis palabras os persigan

(1) J. B. Rousseau; carta á Rollin. II.º 4.

así como el plomo que va á buscar un pájaro al vuelo. Lo que os voy á decir, podrá muy bien parecerse algo á un sermón, y por eso debeis oirme sentado.— ¡Muy bien! Ahora, mi querido caballero, principiemos, si os place, por un acto de franqueza. Habladme en conciencia: ¿habeis leído á Locke?

EL CABALLERO.

No, nunca; ninguna razón tengo para ocultároslo: únicamente me acuerdo de haberlo abierto un día en el campo; un día de lluvia, pero esto solo fue un ademán.

EL CONDE.

No quiero estar siempre riñéndoos: tenéis algunas veces ciertas espresiones sumamente felices. En efecto, el libro de Locke no se toma y se abre casi siempre sino por *actitud ó ademán*. Entre todos los libros serios, no hay uno menos leído. Una de mis mayores curiosidades, pero que no puede satisfacerse, sería la de saber cuantas personas hay en París que hayan leído de cabo á rabo el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Se habla y se le cita mucho, pero siempre bajo palabra; yo mismo he hablado osadamente como tantos otros sin haberlo leído. No obstante, al fin queriendo adquirir el derecho de hablar en conciencia, es decir, con pleno y entero conocimiento de causa, lo he leído pausadamente desde la primera palabra hasta la última, y con la pluma en la mano.

Mas; cincuenta años tenía yo, cuando esto me sucedió. Y no creo haber sufrido en mi vida un fastidio igual. Bien conoceis mi valor en este punto.

EL CABALLERO.

¿Si la conozco? ¿Pues no os he visto en el año pasado leer un mortal en octavo alemán, sobre el Apocalipsis? Me acuerdo que al contemplaros al fin de esa lectura, lleno de vida y salud, os dije que despues de tal prueba, *se os podia comparar con un cañon que ha sufrido carga doble*.

EL CONDE.

Y no obstante, puedo aseguraros que la obra alemana, comparada con el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, es un libro suelto, ligero; un libro de adorno literalmente; y al menos se lee en él cosas bien interesantes. Se aprende por ejemplo; «que la púrpu-

ra de que la abominable Babilonia proveía ó surtía entonces á las naciones extranjeras, significa evidentemente, el vestido encarnado de los cardenales; que en Roma, las estatuas antiguas de los dioses falsos, estan expuestas ó de manifiesto en las Iglesias,» y mil otras cosas á este tenor; tan útiles como recreativas (1). Pero en el *Ensayo* no hay nada que os consuele; es preciso pasar aquel libro como las arenas de la Libia, y sin encontrar el mas pequeño punto de verdor, en donde poder respirar. Hay libros de los que se dice: enseñadme el defecto que tienen. Por lo que respecta al *Ensayo*, me atrevo muy bien á deciros, *mostradme cual es el que no tiene*. Nombrad el que querais entre los que juzgueis mas capaces de desestimar un libro, y yo me encargo acto continuo de citaros un ejemplo *sin buscarle*; el mismo prefacio es chocante sobre toda espresion: *espero*, dice Loke, *que el lector que compre mi libro, no sentirá el dinero que ha gastado* (2). ¡Como huele esto á almacén! Continúad y vereis: «Que su libro es el fruto de algunas horas pasadas que no sabia en qué emplearlas (3): Que se ha divertido mucho componiendo esta obra, por la razón de que tanto gusta cazar alondras ó gorriones, como reudir á las zorras y á los ciervos (4).» En fin: «que principió su libro por casualidad, que lo continuó por complacencia, que lo escribió en retazos incoherentes, dejándolo y volviéndolo á tomar, segun sus caprichos ú ocasiones (5).» Preciso es confesar que este es un tono bien raro para un autor que va á hablarnos del entendimiento humano, de la espiritualidad del alma, de la libertad, y finalmente de Dios. ¡Qué no dirian nuestros pesados *ideólogos* si viesen estas necesidades en un prefacio de Malebranche! Pero no creeriais, señores, antes de pasar á otra cosa mas esencial, hasta qué punto el libro de Locke da margen al ridículo propiamente dicho, por las espresiones groseras ú ordinarias de que gustaba mucho y que le acudian con maravilloso placer. Tan pronto os dirá Locke en la segunda y tercera edicion, y despues de haber

(1) Parece que ese tiro, va dirigido de costado, al libro alemán intitulado: *Die Siegesgeschichte der christlichen religion in einer gemeinnützigen Erklärung der Offenbarung. Joannis* en 8.º Nuremberg. 1793.

Este libro se halla en las bibliotecas de cierta clase de hombres muy numerosa; mas como aquí no se trata mas que de una cita de poca consecuencia, he creído inútil perder el tiempo en ponerla.

(Nota del editor).

(2) *Thou wilt as little think thy money, asido my pains ill bestowed.* (Londres Becroft, Straham, et comp. 1779, 1. vol. en 8.º) *Epistle to the reader.*

(3) *The diversion, of some, of my idle and heavy hours (Ibid).*

(4) *He that hawks at larks and sparrows has no less sport thong á mus los considerable quarry thon he that flies at nobler games.*

(5) *As my humour or occasions permitted (Ibid).*